

mentos comunes de proselitismo, con que puede contar cualquiera que con razon ó sin ella levanta una bandera para resistir á la autoridad pública. Disciplinó, pues, David aquella pandilla que creciedo de dia en dia, no contaba menos que seiscientos hombres, de carácter resuelto, agueridos por la rapidez de las marchas y por sus aventureras correrías. Los hombres de la tribu de Gad, sobre todo, eran fuertes y valientes, espertos en las batallas y en el manejo del escudo y de la lanza, osados como leones y ligeros como los gamos de las montañas. Con tales auxilios podía David recorrer á su sabor los diversos puntos de las fronteras del reino para vivir allí á costa de los enemigos de su nacion. Pero demasiado débil para luchar en campo libre contra todo un ejército, huía de asilo en asilo delante de Saul. Desde algun tiempo se habia fijado en la soledad de Ziph, al Mediodia de la tribu de Judá, sobre el camino que conducía de Jerusalem al Sinai. Aquel desierto estaba rodeado de posiciones muy fuertes, en donde David hacia vivir á sus soldados. El mismo permanecia en el centro de aquella especie de fortificacion, sobre una altura cubierta de árboles y de malezas, y defendida por un bosque á la parte de Occidente, y allí, en aquel punto casi inaccesible, fué donde llegó á descubrirle por fin la solícita amistad de Jonatás. Salieron, pues, á pasear juntos por el bosque, y tuvieron una conversacion tan llena de ternura como de tristeza. Jonatás, con un afecto ardiente y varonil, alentó el valor de David, espresándole el deseo y la esperanza de verle algun dia sobre el trono: "Nada temas, le dijo, no te alcanzará la mano de Saul para que puedas reinar un dia sobre Israel: yo ocuparé entonces el segundo lugar, y no dudes que mi mismo padre conoce tu destino." Este fué su último adios, pues no debían volverse á encontrar mas sobre la tierra; corazones puros y generosos, llenos de sencillez y de ternura, desinteresados en su mútua afición, iguales en valor, de una fidelidad á toda prueba, siendo el uno para el otro lo que con tanta razon se tiene por tan raro como dulce, un verdadero amigo.

Informado Saul á su vez del lugar en donde estaba refugiado David, creyó muy fácil encerrarle estrechamente en sus montañas y obligarle á rendirse. Al frente de sus tropas vino él mismo á sitiarse, y en efecto, se hubiera apoderado de él, á no haber sobrevenido la nueva fatal de una invasion de los filisteos, que le llamó prontamente al centro de su reino. Este inesperado acontecimiento salvó á David, el cual hu- yó hácia la parte del Mar Muerto, y se ocultó en unos peñascos difícilmente accesibles, junto á Engaddi.

Arrojados ya los filisteos de la tierra de Israel, volvió Saul á su tenaz persecucion contra David. Informado del lugar en que éste se hallaba y

al frente de tres mil escogidos de Israel, salió en busca de su inocente yerno, sin que lo áspere de un terreno tan solo accesible á cabras montañesas, le arredrara de proseguir sus designios infames y sanguinarios. Para satisfacer una necesidad, entró casualmente solo en una cueva, en cuyo fondo se hallaba David con sus soldados, los cuales le instaba á que tomase fácil venganza de su enemigo, toda vez que el Señor se lo habia puesto en sus manos. Levantóse entonces David, y cortó sin ser sentido la orla del manto de Saul. Mas arrepentido al momento de su accion, creyéndola injuriosa á la majestad real, dijo á los suyos: "No permita el Señor que aunca mas haga tal contra mi señor, ni estienda mi mano contra el unido de Dios." Y pudo apenas con sus palabras contener el ímpetu de los suyos que se echaban sobre el descuidado moaraca. ¿Fué tal vez en David pequenez de alma ó espíritu de servidumbre este respeto constante á la majestad real? Satisfecho con salvar su propia vida, tuvo siempre horror de obrar contra su soberano legítimo, conformando así sus generosos sentimientos con las máximas divinas del Evangelio, tantos siglos antes que éste viniese á santificar la obediencia y á sancionar el poder.

Salido Saul de la cueva, el corazon de David no tuvo reposo; y despues de haber logrado sin esfuerzo sobre sí mismo una victoria que le daba mas honor que sus conquistas, despreciando todos los peligros y siguiendo solo el impulso de su tierna generosidad, salió tras de Saul dando voces á sus espaldas y diciendo: "¡Rey y Señor mio!" Volvió Saul la cabeza y vió á David profundamente postrado hasta el suelo en señal de reverencia, que le decia: "¿Por qué prestas oídos á los que te quieren persuadir que David anda maquinando tu ruina?" Y le manifestó la facilidad que tenia de matarle, mostrándole la orla de su vestido. "¿A quién persigues, rey de Israel? al mas inofensivo de los hombres. Sea justic el Señor entre nosotros, y entre tu causa y la mia." No pudo resistir el rey á los impulsos de la naturaleza, y tanta generosidad triunfó por aquel momento en su corazon. "¿No es esta la voz tuya, exclamó, oh hijo mio David?" Y lanzó al mismo tiempo un grito, y se deshizo en llanto, y protestó no perseguir mas al que habia de ser rey de Israel, recibiendo de éste el juramento de que no extinguiría su descendencia, ni borraría su nombre de la casa de su padre.

Pero David no dejó por esto de volver á ser perseguido por el implacable Saul, el cual le obligó á retirarse hasta la Arabia Petrea, en el desierto de Faran. Otra vez, en medio de las vicisitudes de aquella vida agitada, tuvo fácil ocasion de matar á Saul con su propia mano. En el cerro de Aquila, junto al desierto de Gabaa, sorprendió David al monar-

ca profundamente dormido en medio de su campamento, sin que nadie le advirtiese y se contentó con llevarse un jarro de agua y una lanza que tenia en su cabecera: y despues, desde lo alto del cerro, increpó en voz alta á Abner, general del ejército, que tambien dormia, la falta al cumplimiento de su deber en velar sobre la persona del monarca. Reconoció otra vez Saul la voz de David, que con respeto y ternura le increpaba su obstinacion en perseguirle, le mostró la facilidad con que hubiese podido darle la muerte, y recibió de nuevo del inconstante monarca las momentáneas protestas de reconciliacion y de paz. Prefirió David en sus injustas persecuciones perdonar aquella cabeza que el intérprete de Jehová habia señalado con la uncion real y dejar que el cielo mismo escojiese su hora; al paso que rodeaba á su enemigo de muestras de su misision y de su respeto, contentándose con hacerle increpaciones llenas de una heroica mansedumbre. Esta virtud, cuando va acompañada con el valor, es solo propia de las almas grandes, que se parecen mas á la Divinidad, la cual lo puede todo y perdona. Así lo reconoció el mismo Saul cuando, conmovido por tan elevada generosidad, y dando un suspiro mezclado en lágrimas, exclamó: "Tú eres mas justo que yo, porque tú no me has hecho sino bien, y yo no te he vuelto sino mal. . . Bendito seas, hijo mio; sin duda ejecutarás grandes empresas, y será grande tu poder."

Oigamos empero por un momento cuál se eleva al cielo la voz de David, en el seno mismo de las angustias de la persecucion. Cuando movido Saul de su generosidad por haberle perdonado la vida en la cueva de Engaddi, se retiró y desistió por algun tiempo de perseguirle, el jóven profeta daba gracias á Dios y le pedia socorro para los nuevos peligros que preveía.

Tu compasion ahora,

Tu compasion, oh Dios, el alma mia

Necesitada implora:

Y en su triste porfia

Tú la consolarás, pues en tí fia:

En tí que la regalas

Con el suave y generoso manto

Y abrigo de tus alas,

Do reposará, en tanto

Que pasa la maldad que le dá espanto.

Desde allí guarecido

Clamaré á Dios altísimo en mis males,

De quien he recibido

Tantas y celestiales

Gracias y beneficios inmortales.

El me envió del cielo

Su auxilio, y me salvó de la tormenta,

Y para mas consuelo.

Volver hizo mi afrenta

En oprobio del mismo que la intenta.

En triste leonera

De feroces cachorros rodeado,

Viéndome por do quiera

Estrecho y encerrado,

Sin sosiego dormia y asustado.

Mas fieros que leones

Hombres, hijos de hombres, me cercaban,

Que saetas y arpoles

Por dientes me mostraban,

Y puñales por lenguas siflaban.

Pero bajó del cielo

La infalible verdad, que Dios envia

Con generoso vuelo,

Y su clemencia pia,

Y hallóse luego salva el alma mia.

Las celestes esferas

Esceda, oh Dios, la alteza de tu gloria;

Las regiones postreras

Del mundo á su memoria

Monumentos consagren en la historia.

Cobarde y encojido

Me trajan los lazos que me armaron,

Y el foso tan tenido

Con que el paso cortaron,

Y ellos al fin en él se sepultaron.

Mi pecho con presteza,

Con presteza mi pecho se prepara

A cantar la grandeza,

La prez ilustre y clara,

Oh Dios, de tu virtud que así me ampara.

Ven, estro numeroso,

Gloria de mi divina poesia,

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Salterio armonioso,
 Cara cítara mía,
 Venid á mi cantar, que raya el día.
 Cantaré de tal modo
 Tu grandeza, Señor, que reverente
 Te alabe el mundo todo,
 Y de una en otra gente
 Sonarás en mis versos dulcemente.
 Cantaré la grandeza
 De tu misericordia, que del cielo
 Sobrepuja la alteza,
 Y el encumbrado vuelo
 De tu verdad sobre el eterno velo.
 Las celestes esferas
 Esceda, oh Dios, la altura de tu gloria;
 Las regiones postreras
 Del mundo á su memoria
 Monumentos consagren en la historia.

Injustamente acusado David de soberbio por Saul y sus partidarios, pone por testigo al cielo de los sentimientos de su corazón, y prorrumpie en este hermoso himno.

Señor, al pecho mío,

La vanidad no altera,

Ni con mirada fiera,

Con orgulloso brio

Soberbia se mostró.

Ni la soberanía,

Ni la encumbrada alteza,

Ni escelsa la grandeza

Para la suerte mía

Nunca apeteci yo.

Si vano y engreído

Con el presente estado,

Viéndome ya elevado,

Echar pude en olvido

La suerte en que nací;

Como del tierno infante

En lágrimas deshecho,

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Y del materno pecho

Privado en un instante,

Así sea de mí.

Así que desde ahora

Del uno al otro polo

En el Señor tan solo,

Que humilde y fiel adora,

Esperará Israel.

Y ya desde este día

Por eternas edades

En sus altas piedades,

En su gracia confia

Y solo espera en ti.

Para colmar las amarguras que aflijieron á David en su destierro, de bia añadirsele la noticia de la suerte de Michol. No había dado éste ni consentimiento, ni carta de divorcio de que ella pudiese aprovecharse, y sin embargo Saul la dió por esposa á Faltiel, hombre de su tribu, bien fuese para vengarse de su enemigo, con este nuevo acto de injusticia, bien fuese para apartar á su hija de aquella especie de viudez á que la condenaba la ausencia de David. Sea como fuere, esto era contrarió á las instituciones del país y al derecho natural, segun el cual el hombre y no la muger podia encontrar en materia de poligamia cierta tolerancia. Así, pues, David, que en su huida había por su parte tomado por muger á Abigail, viuda de Nabal, no se creyó obligado á tener por legítimo y verdadero el nuevo enlace de Michol; y desde el momento en que por el cambio de fortuna y por su subida al poder se vió en estado de dictar condiciones, su primera palabra fué para la hija de Saul, tierno y querido objeto de una afeccion por tan duras pruebas contrastada.

Saul, empero, acababa de perecer con Jonatás y otros dos jóvenes príncipes, en una batalla dada contra los filisteos, cerca de Gelboé. Así terminó su agitada carrera ese primer monarca de Israel, reprobado por Dios, y la figura de la Sinagoga, mientras que el perseguido David lo era de la Iglesia: de ese rey que, á pesar de ser unido por el Señor, perdió lastimosamente el reino y la vida en castigo de sus delitos, y sobre todo de su inícuo y tenaz persecucion contra el inocente hijo de Isai.

La última batalla fué sangrienta y terrible. Los israelitas, tantas veces vencedores, volvieron las espaldas á los filisteos, cubriendo con sus cadáveres las alturas y faldas de Gelboé; los enemigos, en la embriaguez de la victoria, se arrojaron sobre Saul, y sus hijos Jonatás, Abinadab y

Melquisua. A estos tres los pasaron á cuchillo, y toda la fuerza del combate vino á descargar sobre el desgraciado monarca, á quien alcanzaron los flecheros é hirieron de gravedad. Dijo entonces el herido Saul á su escudero: "Desnuda tu espada y quítame la vida, porque no lleguen estos incircuncisos y me maten, añadiendo la burla á la crueldad." Horrorizado su escudero, se resistió á obedecerle, pero el furioso Saul se arrojó sobre su espada, y quedó inundado en su propia sangre. El escudero, al ver muerto á su Señor, echóse él mismo también sobre su espada y murió junto con él. Tal fué el fin desastroso de aquella ominosa lucha.

Los israelitas que vivían en la otra parte del Jordán, viendo que habían huido los soldados de Israel, y muerto Saul y sus hijos, abandonaron despavoridos sus ciudades y escaparon; y vinieron los filisteos y se alojaron en ellas. Al amanecer del día siguiente fueron los filisteos á despojar á los muertos, entre los cuales hallaron á Saul y á sus tres hijos tendidos sobre el Gelboé. Y no saciados aún en su venganza, no respetaron el cuerpo de Saul, le cortaron la cabeza y le despojaron de sus armas, y enviaron la noticia por todo el país de los filisteos, para que tan cumplida victoria se publicara en el templo de los ídolos y en los pueblos. Colocaron las armas de Saul en el templo de Astaroch, y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan, como fúnebre y sangriento trofeo de su triunfo.

Los moradores empero de Jabes Gabaad, no pudieron sufrir que así se insultaran los restos de su infeliz monarca: salieron los mas esforzados con el denuedo propio de quien sale á vengar á costa de su vida un oprobio que la insolencia hace á la desgracia. Infatigables y despreciando los peligros, anduvieron toda la noche, y lograron al fin quitar los cadáveres de Saul y de sus hijos del muro de Bethsan, y al regresar á Jabes de Gabaad los quemaron, aunque no era esta la costumbre comunmente admitida entre los hebreos; pero quizás circunstancias particulares les obligaron entonces á conceder á los restos de aquellos príncipes los honores de la pira. Y recogidos sus huesos, les dieron sepultura en el bosque de Jabes, ayunando siete dias en señal de luto y de dolor.

Mas se olvidaban los filisteos, orgullosos en su victoria, que David vivía aún. Muerto Saul, dos dias habia ya que David se hallaba en Siceleg de vuelta de la derrota de los amalecitas; pues mientras las armas de Israel sucumbían en Gelboé, David é intrépido, las hacia triunfar contra los hijos de Amalec. Al tercer dia compareció un hombre venido del campamento de Saul, rasgados sus vestidos, y cubierta de polvo la cabeza, el cual declaró al jóven guerrero la muerte de Saul y de sus hijos y la derrota de su ejército. Este hombre era un amalecita. "Llegué yo casualmente, dijo, al monte Gelboé, al tiempo que Saul se habia arro-

jado sobre la punta de su lanza. Y viendo que los carros de guerra y caballería se le acercaban, me pidió que le acabase de matar; pues estoy ya en la agonía, me dijo, y no acaba de arrancármeme el alma. Le acabé de matar, pues, seguro de que despues de tal desastre no podría sobrevivir. Tomé la diadema de su cabeza y el brazaete de su brazo, y te lo traigo á tí que eres mi señor."

Al oír la nueva fatal, David asió sus vestidos y los rasgó en señal de profundo dolor, haciendo lo mismo cuantos con él estaban: castigó de muerte al amalecita por haber puesto sus manos, según él decia, sobre el unjido del Señor, y prorumpió en aquel fúnebre cántico llamado del Arco, que mandó se enseñase á los hijos de Judá, para que llorasen con él la muerte de Saul y de su hijo Jonatás. En esos golpes terribles de la mano de Dios es cuando el genio se exhala naturalmente con la voz del dolor, y procura levantar sobre las losas de su sepulcro ilustre un monumento glorioso, que perpetúa en la posteridad las virtudes ó las grandezas del finado. Hé aquí el cántico.

¡Ay, cómo se ha eclipsado
Ya tu gloria, Israël, si consideras
Los bravos campeones
Que en tus montes han dado
Sus vidas hoy al pié de sus banderas!
Tus ínclitos varones,
Israël, has perdido
Hoy en esa montaña,
¿Cómo así han perecido
Los valientes, que siempre tanto fueron
Temibles en campaña?
No lo sepa el Geteo,
Ni se diga en las plazas de Ascalona;
No las hijas lo canten
Del vano filisteo,
Y gozosos su triunfo y su corona
Hasta el cielo levanten.
Ocultad en profundo
Silencio vuestra afrenta,
Que no la sienta el mundo,
Ni la hija del vil incircunciso
La celebre contenta.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA

Ni lluvia, ni rocío,
Montes de Gelboé desventurados,
Caigan en vuestro suelo;
Ni diligente y pío
Agricultor encuentre en sus sembrados
Con qué aplacar al cielo.
Pues ahí (ya el escudo
De los fuertes rendido)
Saul, de golpe crudo
Penetrado, cayó, cual si no fuera
Con óleo santo unjido.
Nunca mal dirigida
De Jonatás la flecha penetrante
Voló al campo enemigo,
Ni de sangre teñida,
Dejó de aparecer un solo instante
De su gloria testigo.
De Saul en la mano
Jamás la ardiente espada
Se vió brillar en vano;
Ni sin domar al enemigo fiero,
Volvió á verse envainada.
Amables y agraciados
Saul y Jonatás, mientras vivían,
Hasta en la muerte dura
Se vieron igualados;
Que ni para morir se dividían.
Ambos en la bravura
Mas eran que leones:
Su presteza y sultura
Al vuelo de las águilas venciera
Del aire en las regiones.
Haced amargo duelo,
Oh de Israel bellisimas doncellas,
A Saul, que os traía
De lejos a este suelo
El oro y la escarlata, que mas bellas
Y ricas os hacía.
¡Guerra desoladora!
Así acaba tu saña

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Con los fuertes, que llora
Mi alma. ¡Ay, caro Jonatás, herido
Y muerto en la montaña!
Por tí lamento y lloro,
Amado Jonatás, hermano mio.
¿A quién no arrebatara
Tu gracia y tu decoro?
Todo amor me parece insulso y frío,
Si el amor se compará
Que yo á ti te tenia.
¿Qué jóven á su esposa
Amar así podia?
¿Ni qué al hijo unigénito la madre
Mas tierna y cariñosa?
¿Cómo así han perecido
Los fuertes de la tierra?
¡Ay de Israel venecido!
Que con ellos en tí ya se acabaron
Las armas de la guerra.

El trágico Alferi, notable por la robustez y energía de su coturno, recibió de la muerte de Saul una feliz inspiración para uno de sus mas bellos dramas. Su *Agamenon* puede citarse como un modelo por la ordenacion y tejido de la fábula, y por el arte de deducir las escenas y los actos el uno del otro. El *Orestes* nos parece la mas bella de sus tragedias, y una de las mas admirables que hayan podido presentarse sobre un teatro. Pero en la tragedia de Saul se hallan felizmente presentados los caracteres de los personajes. El monarca de Israel, para cualquiera que admita el fatal castigo de Dios por haber desobedecido á los sacerdotes, muéstrase cual debia aparecer en la escena. Mas aún para quien no admitiera esta mano vengadora de Dios que sobre él pesaba; bastará el observar que Saul, creyendo tener bien merecida la ira del Señor, por esta su sola opinion fuertemente concebida y arraigada, podía muy bien caer en aquel estado de turbacion, que le hace no menos digno de piedad que de admiracion. David, amable y valiente jóven, pudiendo desarrollar principalmente su natural bondad, la compasion que le inspira Saul, el amor que á Jonatás y á Michol profesa, su sincero respeto á los sacerdotes y su magnánima confianza en sólo Dios, viene á hacerse con este conjunto un personaje á un mismo tiempo oportunísimo y maravilloso. Michol aparece como una esposa tierna y una hija obediente, y no podía

ser otra cosa. Jonatás tiene de sobrenatural quizás mas que David, y de ello necesita en esta tragedia para mirar con buenos ojos al jóven David: el cual, preconizado ya rey por los profetas, sin una ayuda especial de Dios, debía parecer á Jonatás mas bien un rival temible que un hermano. El efecto que hace en él esta especie de amor inspirado, y su entera resignacion al divino querer, es el hacerlo sumamente afectuoso en todos sus dichos al padre, á la hermana, al hermano político, y digno de admiracion sin inverosimilitud á los espectadores. Abner es un ministro guerrero, mas amigo que siervo de Saul, y no tan vil en sus designios, como ejecutor de los mandatos tal vez crueles de su amo. Sin embargo, su antipatía al justo é inocente David, no puede dejar de hacerle repugnante á una alma noble y generosa. Achimelech es introducido aquí con el único fin de tener un sacerdote que descubra la parte amenazadora é indignada de Dios, mientras que David no desplega mas que la parte piadosa. Pero este personaje no era absolutamente necesario.

En esta tragedia el autor ha desenvuelto tal vez mas que en las otras aquella perplejidad del corazon humano tan mágica por su efecto, por la cual un hombre agitado por dos pasiones contrarias absolutamente, quiere y no quiere una misma cosa. Esta lucha de la voluntad consigo misma, esta perplejidad es uno de los mayores secretos para producir comocion y suspension en el teatro. El autor tal vez por la poca perplejidad de carácter, no comprendió este recurso del arte en sus primeras tragedias y en ésta le ha adoptado en cuanto le ha sido posible. En esta parte Saul puede llamarse un personaje mucho mas hábilmente caracterizado que todos los héroes precedentes. En sus lúcidos intervalos ora agitado de envidia y de sospechas contra David, ora del amor de la hija para con su yerno, ora irritado contra los sacerdotes, ora penetrado y compunjado de temor y de respeto para con Dios; en las horribles tempestades de su trabajado pensamiento y de su exacerbado y oprimido corazon, ya sea piadoso, ya feroz, nunca aparece despreciable ni absolutamente odioso. Con todo esto, un rey vencido que se da la muerte á sí mismo con su propia mano, para no ser lo burla y la victima de los vencedores que están para echarse sobre él, es un accidente asaz menos tragico que los demas presentados antes por el autor.

Para ligera muestra de la profunda sensibilidad que encierra esta produccion sublime, recordaremos la tierna despedida de David y Michol, do obligado aquel á desterrarse de la presencia de Saul por el ódio que éste le profesaba, ruega á Michol que le deje ir solo y errante, y que ella se quede á endulzar los últimos y amargos instantes del desesperado padre. La batalla se habia perdido: Saul era perseguido de muerte por

los vencedores. David debía alejarse para siempre del suegro á quien amaba, y á quien no podia ya defender. Sigue á esta escena de angustia la muerte de Saul que concluye el drama.

Quedóle aún un hijo á Saul que se propuso reinar bajo la tutela y con la proteccion de Abner, pariente suyo, general experimentado; pero ambicioso. Efectivamente, la nacion casi toda se sometió á la autoridad del jóven rey, cuyo nombre era Iboeth. En un principio David no fué reconocido sino por los hombres de Judá, y tenia su residencia en Hebron, que por ello adquirió celebridad, y allá fueron á encontrarle los guerreros de su tribu. Estos le dieron de nuevo la uncion real, para mostrar sin duda su asentimiento á la eleccion hecha por Samuel, y proclamar solemnemente un derecho hasta entonces contestado. El partido del hijo de Saul duró mas de doce años enteros, durante cuyo largo periodo la guerra, aunque flojamente conservada, arraigó una division secreta que el porvenir hizo estallar, y que despedazó la nacion de una manera irreparable en la muerte del heredero de David. Nada prenunciaba que la débil monarquia de Hebron debiese estenderse velozmente sobre todo el país, cuando Abner, resentido de una reprension de su señor, ó mas bien, de su pupilo (y este resentimiento venia por causa de una muger), le amenazó en términos, de abandonar su causa y hacer que el pueblo desertase de ella. Y en efecto, envió desde luego confidentes que diesen de su parte al rey de Judá: "¿A quién pertenece todo este país sino á ti? Haz amistad conmigo, que yo te ofrezco todas mis fuerzas, y reducir á tu obediencia á todo Israel." David tenia derechos, y hallando un medio de defenderlos sin efusion de sangre, le aprovechó acogiendo los ofrecimientos del vengativo soldado. "Bien está, respondió por medio de los diputados, yo haré alianza contigo; pero una cosa exijo de ti y te prevengo, y es que no verás mi cara, sin que primero me hayas traído á Michol, hija de Saul: bajo esta condicion podrás venir para tratar conmigo." Bien seguro de que en adelante un deseo apoyado por Abner no sufriria contradiccion, David volvió á demandar á Michol al jóven principe rival suyo, añadiéndole que Saul su padre se la habia dado por esposa por haber muerto cien filisteos. Intimidado el jóven monarca, dió órden á Phaltiel para que le enviase la princesa, y la mandó conducir á su primer esposo por Abner, á quien Iboeth no se hubiera atrevido á escluir de aquella mision. Porque cuando Dios quiere estinguir las dinastias, las empuja hácia el abismo con una rapidez que las hiere como un vértigo, por manera que no ven ni cómo retroceder sin caida, ni cómo avanzar sin perderse.

Entanto el imperioso Abner disponia en favor del rey de Hebron el

espíritu de todo el pueblo, y en particular la tribu de Benjamín, á la que pertenecía la familia de Saul. "Tiempo hace, decia, que deseáis tener á David por rey: ha llegado ya la hora: el mismo Jehová lo designó cuando dijo: Por mano de mi siervo David arrancaré mi pueblo del poder de los filisteos y de todos sus enemigos." Así es como Abner, inspirado por la venganza, reconocia unos derechos que solo la ambición le habia hecho combatir. Despues de haber desquiciado y destruido la causa de su primer señor, fué á unirse con el nuevo con veinte amigos decididos. Abner, ya en su tiempo, era el verdadero tipo de la mayor parte de nuestros políticos, cuya adhesion á determinadas personas está dirigida únicamente por miras ambiciosas, dispuestos á vergonzosas defecciones, siempre que así lo reclama su interés ó su engrandecimiento. Si Abner obró contra sus propias convicciones, hizo traicion á sus sentimientos: si no tenia ninguna, como tantos que despues le han imitado, fácil le fué sin duda mudar de señor y jugar con la fidelidad segun las exigencias del momento ó los impulsos de una pasion vengativa. Abner llevaba consigo á Michol, triste é inocente víctima de las rivalidades políticas de su padre y de su esposo. Mas Phaltiel no podia resolverse á dejarla, y la siguió hasta Baurim, en cuyo lugar Abner le mandó que se volviera: y la dejó derramando amargas lágrimas. Era indispensable que Abner hiciese retirar á Phaltiel antes de llegar á Hebron.

Michol parecia ser la buena estrella de David: con ella en otro tiempo una luz de serenidad habia iluminado su vida: lejos de ella le habian rodeado las inquietudes y los peligros; y al volver á encontrarla, vió reaparecer su felicidad que por tanto tiempo se habia desvanecido. Los acontecimientos parecian doblarse bajo su destino para obedecerle. Abner murió asesinado por motivos de venganza: el rey de Israel cayó al filo de dos traidores. Supo el pueblo de una manera indudable que las manos de David estaban puras y limpias de aquella sangre criminalmente derramada. Todas las tribus, pues, representadas por sus ancianos, y por los principales guerreros, vinieron á saludarle en Hebron y á proclamarle rey. Allí se vieron los hijos de Judá, llevando el escudo y la lanza, enteramente armados para los combates; los de Efraim, fuertes y valerosos y con grande fama de intrepidez: los de Isachar, dotados de inteligencia y discrecion, y cuyos consejos eran de gran peso en el ánimo de sus hermanos. Veíanse tambien allí á Zabulon, de valor ejercitado, Azer, ardiente en la pelea, Dan, Nefalí y las tribus que habitaban á la otra parte del Jordan, todos fieles y decididos á ocupar su puesto con un corazon inflexible y prontos á sostener el choque impetuoso del enemigo. Una fiesta que duró tres dias los reunió á todos, estrechando mutuamente

te sus sentimientos de concordia, y la nacion entregada á la paz, rebozaba de alegría.

David, sentado apenas sobre el trono de Israel, volvió sus armas contra los jebuccos, resto de la poblacion indígena que se conservaba despues de cuatrocientos años en medio de los israelitas, y que ocupaba una de las tres montañas contenidas en el recinto de Jerusalem. El alcázar de Sion, en donde esos restos de pueblo indígena se habia acantonado, pasaba por inespugnable. Sin embargo, David, ofreciendo un premio á los mas osados, se apoderó del alcázar y volvió á edificarle dándole su nombre, por lo cual se llamó despues la ciudad de David. Añadió á ella una estension considerable de terreno, hizo construir varios edificios alrededor é interiormente, y engrandeció la ciudad, haciendo retirar las murallas hasta un barranco que servia de foso. La fama del nuevo monarca no se circunscribia ya á los limites de la antigua Canaan. Hiram, rey de Tiro, admirando las eminentes calidades de David, é informado de sus proyectos, le envió embajadores para felicitarle por su advenimiento definitivo al trono de Israel, ofrecerle con su amistad considerables presentes, y poner á su disposicion hermosos cedros del Libano, y una multitud de operarios hábiles en trabajar la madera y la piedra. Con tales recursos acabó David la construccion de su magnifico palacio, mansion deliciosa, desde donde la vista domina por la parte del Este el valle del Juicio y se estiende hasta el Jordan al través de la cima cortada de las colinas; mansion de inspiracion santa, que domina asimismo el curso del Siloé, el de las ondas poéticas, y que tantas veces oyó las armonias tan dulces y tan sublimes que ningun eco sobre la tierra suspiró al sonido de mas grandiosos objetos! Bajo la mano de David Jerusalem pasó á ser desde luego la mas bella y mas considerable ciudad del pais, el centro del gobierno y el punto de reunion para las principales ceremonias del culto religioso. El príncipe hizo trasladar allí el arca santa que habia quedado por espacio de cerca de cincuenta años bajo la custodia de los levitas en una aldea de la tribu de Judá.

Magnífica y pomposa fué la fiesta de esta traslacion: habiase reunido una multitud innumerable: todas las tribus habian enviado sus diputados: arpas, trompetas, numerosos instrumentos músicos resonaban de lejos y acompañaban cánticos de júbilo. Los levitas llevaban el Arca santa. La comitiva se detenia con frecuencia para inmolar victimas, y volvía á seguir su marcha triunfante al son de himnos incensantes.

Cantad un nuevo cántico sonoro

Al Dios á quien adoro: nueva oda

Cante la tierra á su grandeza.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Cantad, y con presteza, de su nombre
 Bendiga todo hombre la dulzura;
 Y se estienda la voz de dia en dia
 De la salud que envia á los mortales.
 Suenen iguales por el aire vano
 Voces en que al pagano se publique
 Tambien y magnifique de su gloria
 La loable memoria; y en ciudades
 Pueblos y merindades, y en las villas
 Sepa sus maravillas igualmente
 Toda nacion y gente: sepan todos
 Que es grande de mil modos, y plausible
 El Señor y terrible, que supera
 Los dioses que venera de la vana
 Supersticion pagana el error ciego:
 Pues se conoce luego, que demonios
 Son, por mil testimonios evidentes
 Los dioses de las gentes, y que solo
 El Hacedor del polo y alto cielo
 El Dios que nuestro suelo fiel adora.
 Canta la voz sonora la alabanza,
 La hermosura que alcanza y la belleza
 De su rostro, la alteza y la admirable
 Santidad adorable de su pura
 Santísima natura. Traed dones,
 Oh gentes y naciones: á alabarlo
 Llegaos y ensalzarlo con honores
 Al Señor de señores: y á su santo
 Nombre, que puede tanto, con festiva
 Gloria decid que viva, y reverentes
 Ofrecedle presentes, y con ellos
 Entraos en los bellos, espaciosos
 Atrios, y tan hermosos, de su casa,
 Y adoradlo sin tasa allí rendidos
 A su piedad asidos. Tiemble el mund
 Con espanto profundo del severo
 Semblante justiciero, si presente
 Vé al Dios Omnipotente. A las naciones
 Decid y dad pregones del gobierno
 Del Señor Dios eterno, que corrije

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Al Orbe y lo dirije, mas seguro
 Y estable que del muro la firmeza
 De récia forlataze, que ni ariete
 Ni máquina lo inquiete. La balanza
 De su justicia alcanza á toda gente
 Y pesa justamente. Ya la esfera
 Del cielo placentera, y el terreno
 Globo de gozo lleno, y el undoso
 Mar ancho y espacioso se conmueve
 Con un plácido y leve movimiento,
 En dulce sentimiento de alegría.
 Y ya el campo, la umbría y el ganado
 Todo regocijando se alborozan,
 Y en la selva retoza el árbol mudo;
 Porque conocer pudo, que ya viene
 El Dios que lo mantiene, juez severo
 Que juzga al mundo entero, y con justicia
 Y con verdad condena su malicia.

 Traed aquí corderos,
 Traed al Ara Santa
 A inmolar al Señor, oh verdaderos
 Hijos de Dios, y dadle honor, y cuanta
 Gloria podais; dad gloria á su gran nombre.
 Adoradlo aquí ahora,
 Adoradlo en el átrio donde mora.

De la voz poderosa
 El eco ya resuena
 Del Señor en la nube tenebrosa:
 El Dios de majestad es el que truena.
 Oidlo en el estruendo de las aguas:
 Voz es de fortaleza,
 Voz es de majestad y de grandeza,

Voz del Señor del cielo,
 Que los cedros quebranta,
 Del Libano los cedros por el suelo:
 Y cual con leve planta
 Brinca el rinoceronte y el cabrito
 Saltando en los ribazos,
 Así van por el monte hechos pedazos.

Voz que dá el estallido
 Del rayo fulminante
 Apagando la llama; y sacudido
 El desierto con trueno resonante,
 El desierto de Cadés se conmueve,
 Y á la voz espantosa
 Del Señor, se estremece y no reposa.
 Voz que el Señor envía
 Del remoto horizonte,
 Y al resonar entre la selva umbría,
 Ante el cerrado monte,
 Y de su hojoso toldo lo desnuda,
 Y el ciervo temeroso
 Busca en vano su asilo y su reposo.
 Mas al pueblo felice
 Junto en el templo santo,
 La gloria del Señor publica; y dice,
 Libre, alegre segura y sin espanto:
 "El Señor reina en medio del diluvio,
 "Y reina eternamente
 "Sobre la nube y sobre el rayo ardiente."
 Y el Señor á su pueblo religioso
 Feliz hace en la guerra y victorioso,
 Y en paz sobre la tierra asegurado;
 Y libre de recelo,
 Su bendición le envía desde el cielo.

Al canto de este y otros himnos, compuestos por el mismo David y repetidos por millares de voces, este rey, transportado por la violencia de sus piadosos sentimientos, danzó delante del Arca. Michol, que estaba mirando desde una ventana la marcha de la solemne comitiva, reparó con despecho los candorosos transportes á que el rey se abandonaba, y desprecio en su corazón lo que ella miraba como un olvido ó una humillación de la majestad real.

Así cuando, terminada la ceremonia, David volvió á entrar en su palacio, Michol, saliendo á su encuentro, le espresó su pena en términos llenos de la mas sentida ironía. "¡Qué bella figura, dijo, ha hecho hoy el rey de Israel, despojándose de sus insignias delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose ni mas ni menos que si fuera un bufon!" David, empero, con aquella sinceridad religiosa que presta á los verdaderos

creyentes cierto aire de sencillez pero de decisión, y que escudándose con toda la inviolabilidad de una conciencia profundamente convencida, les hace superiores á todas las injurias y á todos los desdenes, respondió: "En verdad delante de Jehová, que me elijió en lugar de tu padre y de tu descendencia, y que me mandó ser el caudillo del pueblo del Señor en Israel, bailaré yo y me abatiré mas aún de lo que he hecho; y me haré despreciable á mis propios ojos, y á los de las criadas ó mugeres de Jerusalem de que tú has hablado, pareceré mas glorioso." En efecto, lejos de suprimir ó debilitar la pública espresion de sus sentimientos religiosos, concibió el rey el proyecto de erijir un templo digno del Eterno; y si dejó este cuidado á su sucesor, fué despues de haber recibido orden para ello de boca de un profeta.

Michol murió sin posteridad. Los últimos años de su vida han desaparecido enteramente entre los resplandores con que la historia envuelve el nombre de David. Porque sin olvidar la legislación de Moisés, que no se habia propuesto por cierto crear un pueblo conquistador, David se vió obligado á no dejar nunca la espada de la mano, y á sostener contra sus vecinos luchas sangrientas, en las que se cubria de gloria. Por lo demas, este monarca se unió vivamente á Dios, que es justicia y verdad; y nunca se autorizó de sus victorias para sustraerse al imperio de la ley. Verdad es que hubo un dia, en que su virtud se eclipsó; pero á lo menos recobró por el arrepentimiento el lugar que habia perdido por el crimen delante de Dios y de los hombres, y bajo este título merece ser presentado como un ejemplo eterno, no solamente á los que mandan, sino tambien á los que obedecen.





SUSANA.

Un lirio entre las espinas.

(*Cantar de los Cantares, II.*)

LA castidad tiene sus mártires, y la calumnia tiene sus víctimas. Es hermoso llegar hasta la pureza de los ángeles, á pesar de los ardores y de una fragilidad que ellos no conocen: es glorioso el tener una alma inaccesible al temor, y salvar el honor á riesgo aún de la reputación, el mas rico de los tesoros despues del de una buena conciencia. Pero vencer al placer y á las amenazas, espirar con todo el mérito de una virtud desco- nocida, con toda la afrenta de una mancha en apariencia legítima; so- portar el peso de una suerte semejante, sin doblarse ni en su interior, ni ante la opinion, esto es el supremo esfuerzo del heroísmo. Y cuando este heroísmo se manifiesta en criaturas sobre las cuales Dios parece haber derramado á manos llenas el encanto de las gracias exteriores y la sensi- bilidad, como una compensación y una excusa de la flaqueza, estas cria- turas encubren con esta mezcla de magnanimidad y de gracia proporci- ones superiores, que imponen no sé qué afectuosa veneración.

A la verdad los sucesos no siempre concurren á corregir la sentencia dada por un estravio de justicia, ni á rehabilitar oportunamente en la es- timación pública á los que la calumnia destructora habia cubierto de in- famia. Mas con todo, no debe olvidarse que Dios domina la perversidad